

El filósofo. Habermas y nosotros

Philipp Felsch

Traducción de María Dolores Ábalos

E D I T O R I A L T R O T T A

ÍNDICE GENERAL

Una tarde en Starnberg	9
En el mundo trastocado	21
Víctimas y verdugos	29
La despedida del sentido profundo	35
La conciencia del presente	41
«El centro no se sostiene»	49
Carrera de baquetas en Fráncfort	55
Ciencia espacial para una sociedad mejor	63
Lo que tenemos que suponer	73
La mácula de la oralidad	81
Una Alemania inquietante	89
Teoría de la pérdida de sentido	95
¿Era necesario?	101
Taxonomía de la antiilustración	111
Distancia y <i>thymos</i>	123
<i>J'accuse</i>	127
Regreso del futuro	139
Historia y memoria	151
La hora del sentimiento posnacional	159
La primacía de la política interior mundial	171
Sobre la guerra	179
El pensador de la provincia universal	189
<i>Agradecimientos</i>	193
<i>Bibliografía</i>	195
<i>Índice onomástico</i>	211

UNA TARDE EN STARNBERG

Tras los cuarenta minutos que ha durado el viaje desde la estación central de Múnich, me parece haber llegado a Long Island. El bungalow modernista con vistas a una frondosa ladera encajaría mejor en los Hamptons que en la Alta Baviera; con sus pantalones chinos y sus flamantes zapatillas Reebok, el dueño de la casa, que está junto a la puerta, parece enteramente un americano.

A pesar de la edad, Jürgen Habermas da la impresión de ser ágil y esbelto. No puedo evitar mirarle con un respeto reverencial. El hombre de los *sneakers* ha sido muy amigo de Adorno, ha discutido en Nueva York con Hannah Arendt y en París con Michel Foucault, y además es el autor de una obra filosófica monumental. Y no solo eso: Aún hoy, setenta años después de que, a principios de los años cincuenta del siglo pasado, entrara en la escena pública alemana, parece estar presente en todos los debates. Con sus posturas con respecto a la política del pasado, sigue influyendo hasta el día de hoy en la cultura de la memoria alemana. Independientemente de que se manifieste sobre los medios de comunicación digitales, sobre la guerra de Ucrania o sobre la crisis de Oriente Próximo, sigue teniendo asegurado que le presten atención tanto a nivel nacional como internacional. ¡Con más de noventa años! Si Foucault hubiera vivido tanto, habría interpretado la elección de Donald Trump; Hannah Arendt habría comentado los atenta-

dos del 11 de septiembre, y Adorno el «gol de oro» de Oliver Bierhoff en la Copa de Europa de 1996. Pese a su condición de vetusto hombre blanco, parece que sigue siendo ineludible. Es como si nuestro «cambio de época», la perturbadora ruptura con unas convicciones largamente sostenidas, terminara en una nueva presentación de su obra.

Hasta donde alcanza mi memoria, Habermas siempre ha estado ahí, pero como alguien a quien yo prestaba obedientemente atención y cuyas ideas casi siempre me llegaban de segunda mano y, sobre todo, desde la perspectiva de sus rivales. Hoy esto lo considero una negligencia por mi parte. ¿Acaso no ha sido también un punto de referencia inevitable en mi propia evolución intelectual? ¿Es que no ha influido, como casi ningún otro, en los debates políticos de la antigua República Federal? ¿Qué significa el fin del mundo de ayer para su legado? ¿Será distinto este país sin él?

Cuando le pregunté por escrito si podía hablar con él, de quien se dice que apenas recibe visitas, me contestó enseguida invitándome a Starnberg. Me dijo que como ya no viajaba, no tenía ningún inconveniente en fijar la cita para la fecha que más me conviniera. En esta tarde de viernes de principios de junio de 2022, en Baviera hace ya un calor casi plenamente veraniego. Entre los dos buscamos un jarrón para las flores que le he comprado en la estación, y esa búsqueda me ayuda a superar mi inicial timidez. Mientras prepara el té, Habermas se disculpa porque el bizcocho de chocolate que ha encargado para nuestro encuentro no ha quedado suficientemente esponjoso.

El curioso sonido de su nombre me resulta familiar desde la infancia. La familia Habermas vivía enfrente de mis abuelos de Gummersbach, donde los bloques de viviendas de los años cincuenta lindaban con una colonia de casas unifamiliares dotadas de amplios jardines. El nombre formaba parte del vocabulario de nuestras visitas a Gummersbach, igual que el de los Bergmann, a cuya casa iban mis abuelos a ver la televisión antes de que se pudieran permitir tener un televisor propio, e igual que Adamek, la tienda de la cadena Edeka de la esquina, o el requesón descremado que mi abuelo, que padecía del estóma-

go, se untaba en el pan en lugar de mantequilla. También con los Habermas teníamos mucha familiaridad vecinal. Recuerdo que mi abuela visitaba a veces para tomar café a la anciana señora Habermas, cuyo marido había fallecido a principios de los años setenta, y en una de esas ocasiones —creo que fue en una fiesta de cumpleaños— conoció también a su famoso hijo.

Habermas reacciona con ciertas reservas ante mis recuerdos de Gummersbach; casi parece que le afecta de un modo desagradable. Me cuenta que cuando terminó el bachillerato abandonó la ciudad; como sus padres no se mudaron a la casa del Hepel hasta los años cincuenta, solo la conoció por algunas visitas esporádicas. Esa relación distanciada con la familia parece haber sido una característica común entre las generaciones de la posguerra de la Alemania occidental. Entretanto, me ha conducido a la sala de estar, donde hemos tomado asiento en el tresillo de lana virgen y tonos claros, un rincón que lleva ya mucho tiempo introducido en la iconografía de la historia del pensamiento de la República Federal como el «epicentro comunicativo» de la casa de Habermas. En ese sofá, bajo las superficies cromáticas de un cuadro de Günter Fruhtrunk, titulado según Theodor W. Adorno *Pradera de ensueño*, que un crítico ignorante tomó en los años setenta por una representación de un paisaje, se ha dejado fotografiar el filósofo de las relaciones de conciliación como mínimo tan a menudo como delante de la obligada biblioteca. Aquí han discutido con él muchas eminencias, artistas y destacados políticos, entre los que figuran la mitad de los líderes del Partido Socialdemócrata Alemán, Herbert Marcuse y Wolf Biermann, circunstancia que me permite valorar aún más la falta de pretenciosidad del ambiente. Me imagino todo el ceremonial que habría llevado aparejada una visita a la casa de Jacques Derrida, Umberto Eco o Peter Sloterdijk. En cualquier caso, en la de Habermas se respira una pulcra normalidad. Al cabo de un rato se une a nosotros su mujer. Oyendo el apenas perceptible acento de la comarca de Oberberg de su marido mientras tomamos el té con bizcocho, experimento la segunda epifanía de esta tarde: cuando he llegado, Habermas me ha parecido un americano, mientras que ahora,

por un momento, tengo el *déjà vu* de encontrarme de visita en casa de mis abuelos en Gummersbach¹.

Como es natural, en la sala de estar de mis abuelos predominaban los cuadros de género al óleo y los marrones oscuros del barroco de Gelsenkirchen. Aquí en cambio impera la luminosa objetividad de la modernidad posbélica, aunque desprovista de sus líneas demasiado estrictas por el cómodo tresillo y algunas antigüedades aisladas. Vivir en un edificio nuevo junto a la carretera de salida para exponerse a la inhóspita brutalidad de las ciudades reconstruidas equivalía todavía para la vanguardia de la Teoría Crítica de los años sesenta al cultivo de la conciencia apropiada. Que Habermas, a principios de los años setenta, viera aquí cumplido, en este paraje idílico, el sueño de la «casa en propiedad» les pareció a sus coetáneos un acto simbólico con el que una era tocaba a su fin. «El estilo es la actitud vivida», había formulado con la mirada puesta en Heidegger, que en 1966 recibió en su cabaña de la Selva Negra a una fotógrafa para que le hiciera un reportaje. Diez años después, Habermas también se dejó retratar en su bungalow por Barbara Klemm. ¿Había llegado entonces la hora de una filosofía de la casa unifamiliar? «De una casa a otra», solía encabezar Habermas en los años setenta sus cartas dirigidas a Martin Walser, a Niklas Luhmann, a amigos y colegas que vivían en sus casas unifamiliares en otros rincones de la República Federal. ¿Era este tipo de vivienda la única morada adecuada para los poetas y los pensadores de un país que había nivelado el histórico contraste entre la metrópoli y la provincia en sus cinturones periféricos de nueva construcción²?

1. Para que haya el menor número posible de notas, en cada una de ellas se resumen varias entradas. En el orden en el que aparecen en el texto, primero vienen las citas textuales y las referencias directas y luego la bibliografía correspondiente. N. Maak, «Die absolute Form und die Geschichte. Betrachtungen zum Haus Habermas»: *Zeitschrift für Ideengeschichte* 15/3 (2021), p. 102. Sobre el cuadro de Fruhtrunk, véase P. Iden, «Alles Linke auf seine Kappe. Ein Gespräch mit Jürgen Habermas – aus Anlass seiner Auszeichnung mit dem Adorno-Preis», en *Frankfurter Rundschau*, 11.9.1980.

2. J. Habermas, «Zur Veröffentlichung von Vorlesungen aus dem Jahre 1935», en Íd., *Philosophisch-politische Profile*, Fráncfort d. M., 1987, p. 69.

Mientras me apresuro a desviar la conversación sobre Gummersbach y mis abuelos, para llegar de una vez a las preguntas que me interesan, la escena se ve interrumpida por el zumbido amortiguado de un cortacésped. Quien se haya criado antes de que llegaran los sopladores de hojas, asociará inevitablemente este ruido a las perezosas y apacibles tardes de verano. Como el sabor de la famosa madalena que Proust mojaba en el té, mis observaciones de la hora transcurrida se funden de repente dando paso a una impresión general. En los años noventa, tras la reunificación, cuando muchos de sus colegas se deleitaban con la fantasía de un nuevo prestigio internacional de Alemania, Habermas insistía en seguir siendo también en el futuro el ciudadano de «un país universalmente provinciano»³. Aquí, en su sobria y acogedora sala de estar, esta formulación adquiere de pronto una inmediata obviedad: la mezcla de cosmopolitismo y provincianismo, de los Hamptons y Gummersbach, y la constelación del cortacésped, el estilo Mid-Century y el bizcocho de chocolate, revela su significado oculto, que no es sino un símbolo de la antigua República Federal.

Nunca habría creído posible que algún día me sentaría en la sala de estar de Habermas. En los años noventa, cuando su nombre me asaltó por segunda vez durante mi carrera universitaria, los frentes estaban claramente delimitados: Habermas había calificado a mis autores favoritos, los filósofos franceses, de «jóvenes conservadores» y los había colocado al lado de gente como Arnold Gehlen y Helmut Kohl, una ofensa ante la que los franceses reaccionaron, en parte, con indignación y,

[De las ediciones en castellano de las obras citadas de J. Habermas se informa en la Bibliografía al final de este libro]. Sobre las preferencias de los adeptos de la Teoría Crítica, véase K. H. Bohrer, «Sechs Szenen Achtundsechzig»: *Merkur* 708 (2008), p. 412. Sobre el final de una era, S. Müller-Doohm, *Jürgen Habermas. Eine Biografie*, Frankfurt d. M., 2014, p. 225 [*Jürgen Habermas. Una biografía*, Trotta, Madrid, 2020]. Para el concepto de «filosofía de la casa unifamiliar», según Andreas Koch, véase «Einfamilienhaussoziologie», <https://www.waahr.de/texte/einfamilienhaussoziologie>.

3. J. Habermas, *Vergangenheit als Zukunft*, Zúrich, 1991, p. 96.

en parte, con desinterés. Durante una gélida cena en la primavera de 1983, cuando Habermas impartía clases en el Collège de France de París, Michel Foucault debió de preguntarle con su característica sonrisa de tiburón si le consideraba un anarquista. Según Ulrich Raulff, la respuesta afirmativa «se la tomó como un cumplido». Yo por mi parte consideraba a Habermas como un pensador de las principales acciones estatales; por mi concepción existencialista de la política, lo contemplaba como irremisiblemente aferrado al entramado de nuestras instituciones y a la legitimidad de las mismas. Las maliciosas palabras de Gilles Deleuze cuando hablaba de los «burócratas de la razón pura», de los administradores profesoraes del pensamiento, parecían expresamente acuñadas para él. En el bizantinismo de su arquitectura de la teoría coincidirían de nuevo lo verdadero y lo bueno (aunque no necesariamente lo bello), como en Hegel. Pero puestos a ser académicos, mejor que lo fuera al estilo de su antípoda alemán Luhmann, el cual —sin mostrar la menor comprensión para con las teorías «amables y serviciales» e «interesadas por la salvación»— defendía un pensamiento más malicioso y más duro; además, en comparación con el abismal laconismo de este, los asomos de autoironía que de vez en cuando se permitía Habermas resultaban sencillamente paternalistas. «Al final gana Luhmann», había dicho tras el cambio de siglo Norbert Bolz, adepto de Luhmann⁴.

4. J. Habermas, «Die Moderne – ein unvollendetes Projekt», en *Íd.*, *Kleine Politische Schriften I-IV*, Fráncfort d. M., 1981, p. 463; U. Raulff, «Akute Zeichen fiebriger Dekonstruktion. Die Frankfurter Schule und ihre Gegenspieler in Paris: Eine Verkennungsgeschichte aus gegebenem Anlass», en *Süddeutsche Zeitung*, 21.9.2001; G. Deleuze, «Nomaden-Denken», en *Die einsame Insel. Texte und Gespräche von 1953 bis 1974*, Fráncfort d. M., 2003, p. 377; N. Luhmann, *Soziale Systeme. Grundriss einer allgemeinen Theorie*, Fráncfort d. M., 1994, pp. 164, 162; N. Bolz, «N. Luhmann y J. Habermas. Eine Phantomdebatte», en W. Burckhardt (ed.), *Luhmann Lektüren*, Berlín, 2010, p. 34. Sobre la reacción de los franceses ante la ofensa de Habermas, véase D. Scholz, «Innerdeutsches Frankreich»: *Zeitschrift für Ideengeschichte* 15/3 (2021), p. 66. La cena con Foucault en D. Eribon, *Foucault und seine Zeitgenossen*, Grafrath, 2015, p. 289.